

volverán aquí, y tomaré á mi primo para no perder las encantadoras costumbres que usted me atribuye. Adiós, señor barón Hulot.

Y dicho esto se levantó; pero el consejero de Estado la cogió por un brazo y la hizo sentarse. El anciano no podía ya reemplazar á Valeria, que era para él una necesidad más imperiosa que las necesidades de la vida, y por lo tanto prefirió permanecer en la incertidumbre que adquirir la más ligera prueba de la infidelidad de Valeria.

—Pero, mi querida Valeria, ¿no ves que estoy sufriendo? ¿Qué más deseo yo sino que te justifiques, que me presentes algún argumento en tu favor?

—Pues bien, vaya á esperarme abajo, porque supongo que no querrá usted asistir á los diferentes cuidados que exige el estado de su prima.

Hulot se retiró lentamente.

—Viejo libertino—exclamó la prima Bel,—¿no me pide siquiera noticias de sus hijos?... ¿Qué hará usted por Adelina?

—Por de pronto, mañana le llevaré mis economías.

—A la mujer propia se le debe al menos el pan cotidiano—dijo la señora Marneffe sonriéndose.

El barón, sin ofenderse del tono de Isabel, que le reprendía tan duramente como Josefa, se fué, como hombre satisfecho de poder evitar una pregunta importuna.

Una vez echado el cerrojo, el brasileño salió del gabinete en que esperaba y se presentó con los ojos arrasados en lágrimas, en un estado que daba lástima. Evidentemente Montes lo había oído todo.

CAPÍTULO XIX

Escenas de alta comedia femenina

—Ya no me amas, Enrique, lo veo—dijo la señora Marneffe tapándose la cara con el pañuelo y rompiendo á llorar.

Este era el grito del amor verdadero. El clamor de desesperación de la mujer es tan persuasivo, que arranca el pecho que hay en el fondo del corazón de todos los enamorados cuando la mujer es joven y bonita.

—Pero, ¿por qué no lo deja usted todo por mí, si me ama?—preguntó el brasileño.

Este natural de América, lógico como lo son todos los hombres criados en la naturaleza, continuó la conversación en el punto donde la habían dejado, volviendo á coger por el tallo á Valeria.

—¿Por qué?—dijo ella levantando la cabeza y mirando á Enrique á quien dominó con una mirada cargada de amor.

—Pero, gatito mío, porque soy casada, porque estamos en París y no en las sabanas, en las pampas, en las soledades de América. Mi buen Enrique, mi primero y único amor, escúchame. Mi marido, sencillo subjefe del ministerio de la guerra, quiere ser jefe de negociado y oficial de la Legión de honor, ¿y puedo yo impedirle que tenga ambición? Pues por la misma razón que nos dejaba enteramente libres á nosotros dos (pronto hará cuatro años, ¿te acuerdas, granuja?) hoy Marneffe me impone al señor Hulot. No puedo deshacerme de ese horrible administrador que sopla como una foca, que tiene patillas en las narices y sesenta y tres años, que desde hace tres ha envejecido diez años más queriendo ser joven, que me es odioso y que al día siguiente que Marneffe sea jefe de negociado y oficial de la Legión de honor...

—¿Cuánto más tendrá de sueldo tu marido?

—Mil escudos.

—Se los daré en renta vitalicia—respondió el barón Montes,—dejemos París y vayámonos.

—¿A dónde?—dijo Valeria haciendo una de esas bonitas muecas con las cuales las mujeres se mofan de los hombres de quienes están seguras.—París es el único sitio donde podemos vivir felices. Me interesa demasiado nuestro amor para que lo vea disminuir estando solos en un desierto; escucha, Enrique, tú eres el único hombre á quien he amado en el mundo, escribe eso en tu cráneo de tigre.

Las mujeres persuaden siempre á los hombres á quienes han convertido en corderos siendo leones, y que tienen un carácter de hierro.

—Ahora, escúchame bien: el señor Marneffe no vivirá cinco años, está gangrenado hasta la médula de los huesos; de los doce meses del año, siete se los pasa bebiendo tisanas, drogas y viviendo entre la franela; en fin, como dice el médico, tiene suspendida la guadaña de la muerte sobre su

cabeza; la enfermedad más inocente para un hombre sano será mortal para él, la sangre está corrompida, la vida está atacada en su principio. Desde hace cinco años, no he querido que me abrazase una sola vez, pues ese hombre es la peste. Un día, y no está lejano, seré viuda; pues bien, yo pedida por un hombre que posee sesenta mil francos de renta, yo, que soy dueña de ese hombre como de este terrón de azúcar, te declaro que aunque tú fueses pobre como Hulot, leproso como Marneffe, y, aunque me pegaras, sería tú mi marido, tú á quien amo y cuyo nombre quiero llevar. Y estoy dispuesta á darte todas las pruebas de amor que quieras...

—Pues bien, esta noche...

—Pero, hijo de Río, hermoso jaguar salido para mí de los bosques vírgenes del Brasil—dijo ella cogiéndole la mano y besándosela y acariciándola,—respeta un poco á la criatura de la que quieres hacer tu mujer. ¿Seré tu mujer, Enrique?

—Sí—dijo el brasileño, vencido por la habladuría desenfrenada de la pasión.

Y se arrodilló ante ella.

—Veamos, Enrique—dijo Valeria cogiéndole las dos manos y mirándole el fondo de los ojos con fijeza,—¿me juras aquí, en presencia de Isabel, mi mejor y mi única amiga, mi hermana, que me tomarás por mujer al final de un año de viudez?

—Lo juro.

—Esto no basta. Júralo por las cenizas y la salvación eterna de tu madre, júralo por la virgen María y por tus esperanzas de católico.

Valeria sabía muy bien que el brasileño haría aquel juramento, aunque ella hubiese caído en el fondo del cenagal social más asqueroso. El brasileño hizo aquel juramento solemne con la nariz tocando casi el blanco pecho de Valeria y con los ojos fascinados; estaba borracho, como lo está uno al volver á ver á la mujer amada después de una travesía de cuatro meses.

—Pues bien, ahora, está tranquilo. Respeta en la señora Marneffe á la futura baronesa de Montejanos. No gastes un céntimo por mí, te lo prohibo. Quédate aquí, en la primera habitación, acostado sobre el canapé, yo misma vendré á advertirte cuando podrás dejar tu sitio... Mañana por

mañana almorzaremos juntos y te irás á eso de la una, como si hubieses venido al mediodía á hacerme una visita. No temas nada, los porteros me pertenecen como si fueran mis padres... Voy á bajar á mi casa á servir el té.

É hizo un signo á Isabel, la cual le acompañó hasta el descansillo. Allí, Valeria le dijo al oído á la solterona:

—Ese negrito ha venido demasiado pronto, pues yo me moriría si no te vengase de Hortensia.

—Tranquilízate, diablito mío querido—dijo la solterona besándole en la frente,—el amor y la venganza, cazando juntos, no serán jamás vencidos. Hortensia me espera mañana, está en la miseria. Por tener mil escudos, Wenceslao te abrazaría mil veces.

Al dejar á Valeria, Hulot había bajado á la portería y se había presentado súbitamente á la señora Olivier.

—¡Señora Olivier!

Al oír aquella llamada imperiosa, y al ver el gesto con que la acompañó el barón, la señora Olivier salió de la portería y se fué al patio al lugar donde la condujo el barón.

—Ya sabe usted que si alguien puede algún día facilitar á su hijo la adquisición de un estudio, soy yo, y á mí me debe usted el que sea tercer pasante de notario y que acabe su carrera.

—Sí, señor barón; y por eso el señor barón puede contar con nuestro agradecimiento. No hay día que deje de rogar á Dios por la felicidad del señor barón.

—No tantas palabras, mi buena mujer—dijo Hulot,—sino pruebas...

—¿Qué es necesario hacer?

—¿Conoce usted al hombre con equipaje que ha venido esta noche?

La señora Olivier había conocido á Montes; ¿cómo había de olvidarle? Montes deslizaba en sus manos una moneda de cinco francos todas las veces que salía por la mañana de la casa demasiado temprano. Si el barón se hubiese dirigido al señor Olivier, tal vez lo hubiera sabido todo; pero Olivier dormía. En las clases inferiores, la mujer no solamente es superior al hombre, sino que ella le gobierna casi siempre. Desde hacía tiempo, la señora Olivier había tomado su partido en el caso de una disputa entre sus dos bienhechores, y consideraba á la señora Marneffe como la más fuerte de aquellas dos potencias.

—¿Si le conozco?...—respondió ella.—No, no le he visto nunca...

—¡Cómo! ¿el primo de la señora Marneffe no había ido nunca á verla cuando vivía en la calle de Doyenné?

—¡Ah! ¿es su primo?—exclamó la señora Olivier.—Puede que haya venido, pero no le he conocido. La primera vez que venga, señor, ya me fijaré bien...

—Ahora va á bajar—dijo Hulot vivamente, cortando la palabra á la señora Olivier.

—¡Pero si ya se ha marchado!—replicó la señora Olivier, que lo comprendió todo.—El coche no está ya ahí...

—¡Le ha visto usted marchar?

—Como le veo á usted. Ha dicho al cochero: «¡A la embajada!»

Aquel tono y aquella seguridad arrancaron un suspiro de satisfacción al barón, que cogió una mano á la señora Olivier y se la estrechó.

—Gracias, querida señora Olivier; pero no es esto todo. ¿Y el señor Crevel?

—¿El señor Crevel? ¿qué quiere usted decir? No comprendo—dijo la señora Olivier.

—¡Escúcheme! ama á la señora Marneffe...

—¡No es posible, señor barón, no es posible!—dijo ella juntando las manos.

—Ama á la señora Marneffe—repitió muy imperativamente el barón.—¿Cómo se las arreglan? No lo sé, pero quiero saberlo, y usted lo sabrá. Si puede usted descubrir esta intriga, su hijo será notario.

—Señor barón, *no se pudra usted la sangre* de esa manera—repuso la señora Olivier.—La señora le quiere á usted y á usted solo; su camarera lo sabe muy bien, y nosotros decimos que usted es el hombre más feliz de la tierra, porque usted sabe lo que vale la señora Marneffe... ¡Ah! es una perfección. Se levanta á las diez todos los días; almuerza bien; emplea una hora en arreglar su persona, y á las diez terminada ya su *toilette*, va á pasearse por las Tullerías á la vista de todo el mundo, y vuelve á casa á las cuatro, hora en que usted llega... ¡Oh! es exacta como un reloj. No tiene secreto para su camarera, y Reina no los tiene para mí como tampoco puede tenerlos con mi hijo, para quien tiene muchas bondades... Ya ve usted que si la señora Marneffe tuviera relaciones con el señor Crevel, nosotros lo sabríamos.

El barón subió á casa de la señora Marneffe con el rostro radiante de alegría y convencido de ser el único hombre amado por aquella terrible cortesana, tan hermosa, pero también tan engañadora como una sirena.

Crevel y Marneffe empezaban un segundo *piquet*. Crevel perdía como pierden todos los hombres que no están en el juego. Marneffe, que conocía las causas de la distracción del alcalde, se aprovechaba de ellas sin escrúpulo: miraba las cartas del monte y *cortaba* en consecuencia; además, como veía el juego de su contrario, jugaba á lo seguro. El precio de la ficha era de un franco, y había robado ya treinta francos al alcalde en el momento en que el barón entraba.

—¡Cómo!—dijo el consejero de Estado asombrado de no encontrar á nadie—¿están ustedes solos? ¿dónde están los demás?

—El buen humor de usted ha puesto en fuga á todo el mundo—respondió Crevel.

—No, ha sido la llegada del primo de mi mujer—replicó Marneffe.—Esas damas y esos señores han pensado que Valeria y Enrique tendrían algo que decirse, después de una separación de tres años, y se han retirado discretamente... Si yo hubiese estado aquí, les habría retenido; pero, hubiese hecho mal, pues la indisposición de Isabel, que sirve siempre el té á eso de las diez y media, lo ha desbaratado todo...

—¿Está realmente indispuesta Isabel?—preguntó Crevel furioso.

—Así me lo han dicho—replicó Marneffe con la inmoralespreocupación de los hombres para quienes las mujeres no existen ya.

El alcalde había mirado el reloj, y vió que el barón había pasado cuarenta minutos en casa de Isabel. El aire gozoso de Hulot incriminaba gravemente á Héctor, á Valeria y á Isabel.

—Vengo de verla, y sufre horriblemente la pobre joven—dijo el barón.

—Parece que el sufrimiento de los demás le alegra á usted, mi querido amigo—repuso agriamente Crevel,—pues vuelve usted con una cara donde brilla el júbilo. ¿Acaso Isabel está en peligro de muerte? Según dicen, la hija de usted la hereda. No es usted el mismo; se ha marchado con la fisonomía del Moro de Venecia y vuelve usted con la del Espíritu Santo. Me gustaría verle la cara á la señora Marneffe.

—¿Qué quiere usted decir con esas palabras?—preguntó el señor Marneffe á Crevel recogiendo sus cartas y poniéndolas ante él.

Los apagados ojos de aquel hombre decrepito de cuarenta y siete años se animaron, pálidos colores sombrearon sus flacas y enjutas mejillas y entreabrió su desdentada boca de negros labios, en los cuales apareció una especie de espuma caseiforme y blanca como el yeso. Aquella rabia del hombre impotente, cuya vida pendía de un hilo y que en un duelo no hubiese arriesgado nada, mientras que Crevel podría perderlo todo, asustó al alcalde.

—Digo—respondió Crevel—que me gustaría verle la cara á la señora Marneffe, con tanta más razón, cuanto que la de usted en este momento es muy desagradable. Palabra de honor, mi querido Marneffe, está usted horriblemente feo.

—¿Sabe usted que es poco cortés lo que me dice?

—Un hombre que me gana treinta francos en cuarenta y cinco minutos no me parece nunca guapo.

—¡Ah! ¡si me hubiese usted visto hace diez y siete años!

—¿Era usted lindo?—replicó Crevel.

—Eso es lo que me ha perdido. Si hubiese sido como usted, sería par de Francia y alcalde.

—Sí—dijo Crevel sonriendo,—ha guerreado usted demasiado, y de los dos metales que uno gana cultivando el día del comercio, ha cogido usted el peor.

Dicho esto, Crevel soltó una carcajada. Si Marneffe enfadaba á propósito de su honor en peligro, sin embargo aceptaba aquellas vulgares é innobles bromas; eran moneda corriente de la conversación entre Crevel y él.

—Eva me cuesta cara, es verdad; pero, corta y buena, eso es mi divisa.

—Prefiero larga y feliz—replicó Crevel.

La señora Marneffe entró, vió á su marido jugando con Crevel, y al barón, los tres solos en el salón; comprendió con sólo el aspecto de la cara del alcalde todos los pensamientos que le habían agitado y tomó en seguida una determinación.

—Marneffe, gato mío—dijo yendo á apoyarse en la espalda de su marido y pasándole sus bonitos dedos por los cabellos, de un color gris ordinario sin poder cubrir la pobreza, desparramándolos,—es muy tarde y deberías acostarte. Ya sabes que mañana tienes que purgarte, el doctor

ha dicho, y Reina te llevará hierbas cocidas á las siete... Si quieres vivir, deja el *piquet*.

—¿Hagámoslo á cinco juegos?—preguntó Marneffe á Crevel.

—Bueno... yo tengo dos—respondió Crevel.

—¿Cuánto durará?—preguntó Valeria.

—Diez minutos—contestó Marneffe.

—Ya son las once—respondió Valeria.—Y la verdad, señor Crevel, cualquiera diría que quiere usted matar á mi marido. Dense prisa, al menos.

Aquella frase de doble sentido hizo sonreír á Crevel, á Hulot y hasta al mismo Marneffe. Valeria fué á hablar con su Héctor.

—Vete, querido mío—dijo Valeria al oído á Héctor,—paséate por la calle y vuelve cuando veas salir á Crevel.

—Preferiría salir de aquí y entrar en tu habitación por la puerta del gabinete tocador; podrías decir á Reina que lo abriese.

—Reina está arriba cuidando á Isabel.

—¿Y si subiese á casa de Isabel?

Todo era peligro para Valeria, la cual, previendo una explicación con Crevel, no quería que Hulot estuviese en su habitación, desde donde podría oírlo todo; y el brasileño esperaba en casa de Isabel.

—Verdaderamente, vosotros los hombres cuando tenéis un capricho, lo arrasáis todo por conseguirlo—dijo Valeria á Hulot.—Isabel está en un estado que no puede recibir á nadie... ¿Teme usted coger un constipado en la calle?... váyase... ó buenas noches.

—Adiós, señores—dijo el barón en voz alta.

Una vez atacado en su amor propio de anciano, Hulot quiso probar que podía hacer el joven esperando la hora propicia para entrar, y salió.

Marneffe dió las buenas noches á su mujer, á quien, como una demostración de aparente ternura, cogió las manos. Valeria estrechó de una manera significativa la mano de su marido, lo cual quería decir:

—Desembarázame de Crevel.

—Buenas noches, Crevel—dijo entonces Marneffe,—espero que no estará usted mucho tiempo con Valeria. ¡Ah! estoy celoso... algo tarde, es verdad, pero no puedo remediarlo... y volveré á ver si se ha marchado usted.

—Tenemos que hablar de negocios, pero no estaré mucho tiempo—dijo Crevel.

—¡Hable usted bajo! ¿qué me quiere usted?—dijo Valeria en dos tonos mirando á Crevel de una manera en la que la altivez se mezclaba con el desprecio.

Al recibir aquella mirada altiva, Crevel, que prestaba inmensos servicios á Valeria y que quería valerse de ellos, se volvió humilde y sumiso.

—Ese brasileño...

Crevel, asustado por la mirada fija y despreciativa de Valeria, se detuvo.

—¿Qué más?—dijo ella.

—Ese primo....

—No es primo mío—repuso ella.—Es mi primo para el mundo y para el señor Marneffe. Aun que fuese mi amante, no tendría usted nada que decir. Un tendero que compra una mujer para vengarse de un hombre está por debajo, en mi estimación, del que la compra por amor. Usted me estaba enamorado de mí. Usted no ha visto en mí más que á la querida del señor Hulot, y usted me ha adquirido como aquel que compra una pistola para matar á su adversario. Yo tenía hambre, y he consentido.

—Usted no ha cumplido el trato—respondió Crevel volviendo á ser comerciante.

—¡Ah! ¿quiere usted que el barón sepa que usted le quita su querida para tomar la revancha del rapto de Josefa?... Nada me prueba mejor la bajeza de usted. Usted dice que ama á una mujer, la trata como á una duquesa, y quiere usted deshonorarla? Mire, querido mío, tiene usted razón: esa mujer no vale lo que Josefa. Esa mujer tiene el valor de su infamia, mientras que yo soy una hipócrita que debía ser azotada públicamente. ¡Ay de mí! Josefa se pretege por su talento y su fortuna. Mi único valer es mi honradez, y soy aún una digna y virtuosa burguesa; pero si usted quiere dar un escándalo, ¿qué será de mí? Si yo tuviera fortuna, pase. ¡Pero ahora todo lo más que tengo son quinientos mil francos de renta, y no es nada!

—Mucho más—dijo Crevel;—yo he doblado en dos meses sus economías en Orleáns.

—Pues bien, la consideración en París empieza con cinco cuenta mil francos de renta, y usted no puede competir conmigo con dinero la posición que yo perdería. ¿Qué es lo

que yo quería? hacer nombrar á Marneffe jefe de negociado; tendría seis mil francos de sueldo, y como tiene veintisiete años de servicio, dentro de tres años yo tendría derecho á mil quinientos francos de pensión si él muriese.—¡Usted colmado de bondades por mí, lleno de felicidad, no sabe usted esperar! ¿Y á eso llama usted amor?—exclamó ella.

—He empezado por cálculo—dijo Crevel,—y después me he convertido en su *corderito*. Me patea usted el corazón, me aplasta, me absorbe, y la amo como no he amado nunca. Valeria, la amo á usted tanto como á Celestina. Por usted soy capaz de todo... Mire, en lugar de ir dos veces por semana á la calle del Delfin, vaya tres.

—¿Nada más que eso? Se rejuvenece usted, querido mío.

—Déjeme usted que despida á Hulot, que le humille, que le desembarace á usted de él—dijo Crevel sin responder á aquella insolencia,—no reciba á ese brasileño, sea toda mía, y no se arrepentirá usted. Primeramente le daré una inscripción de ocho mil francos de renta, pero vitalicia; no le daré la propiedad hasta después de cinco años de constancia...

—¡Siempre tratos! ¡los burgueses no, aprenderán nunca á dar! ¿Quiere usted tener postas de amor en la vida por medio de inscripciones de renta? ¡Ah! ¡tendero vendedor de pomada, á todo pones etiqueta! Héctor me decía que el duque de Herouville había llevado treinta mil francos de renta á Josefa en un cucurucho de papel! ¡Yo valgo seis veces más que Josefa! ¡Ah! ser amada—dijo arreglándose el cabello y yendo á mirarse al espejo.—Enrique me ama, le mataría á usted como á una mosca á una indicación de mis ojos. Hulot me ama, deja á su mujer en la miseria. Vamos, sea usted buen padre de familia, querido mío. ¡Oh! usted tiene para hacer de las suyas trescientos mil francos, fuera de su fortuna. En fin, un gato, y no piensa más que en aumentarlo.

—Para ti, Valeria—dijo Crevel cayendo de rodillas,—pues te ofrezco la mitad.

—¡Cómo! ¿aun está usted ahí?—exclamó el horrible Marneffe en bata de casa.

—Amigo mío, me está pidiendo perdón por una proposición insultante que acaba de dirigirme. No pudiendo obtener nada de mí, este señor intentaba comprarme.

Crevel hubiera querido bajar á la bodega por una trampa, como se hace en el teatro.

—Siéntese usted, mi querido Crevel—le dijo Marneffe sonriéndose,—está usted ridículo.—Por el aspecto de Valeria veo que no hay peligro para mí.

—Sí, ve á acostarte y duerme tranquilo—dijo la señora Marneffe.

—¡Qué ocurrente es!—pensó Crevel.—¡Es adorable! ¡me ha salvado!

Cuando Marneffe se volvió á su cuarto, el alcalde tomó las manos de Valeria y las besó dejando en ellas las huellas de algunas lágrimas.

—Todo en tu nombre—dijo.

—Eso es amar—le respondió ella en voz baja. — Ahora bien, amor por amor. Hulot está abajo en la calle. Ese pobre viejo espera para venir aquí á que yo coloque una bujía en una de las ventanas de mi dormitorio. Ahora bien. Yo le permito que le diga que es usted el único amado; él no querrá creerle ni á tiros, pero llévele á la calle del Delfín y déle pruebas, anonádelo, yo se lo permito, se lo ordeno. Esa foca me aburre, me revienta. Reténgale en la calle del Delfín durante toda la noche, asesínele lentamente, vénguese del rapto de su Josefa. Tal vez muera Hulot de esta, pero así salvaremos á su mujer y á sus hijos de una ruina espantosa. La pobre señora Hulot tiene que trabajar para vivir...

—¡Oh! ¡pobre dama! á fe que eso es atroz—exclamó Crevel animado por sus buenos sentimientos naturales.

—Celestino, si me amas, reténlo, ó estoy perdida—dijo en voz baja al oído á Crevel, el cual le rozó la cara con las manos.—Marneffe tiene sospechas, y Héctor tiene la llave de la puerta cochera y piensa venir.

Crevel estrechó á la señora Marneffe entre sus brazos y salió en el colmo de la dicha; Valeria le acompañó cariñosamente hasta el descansillo, y después, como una mujer magnetizada, bajó hasta el primer piso y llegó con él hasta el portal.

—Valeria, sube, no te comprometas por mí á los ojos de los porteros. Anda, mi vida y mi fortuna, todo es tuyo... Vete, vete, reina mía.

—¡Señora Olivier!—gritó suavemente Valeria cuando la puerta se cerró.

—¡Cómo! señora, ¿usted aquí?—dijo la señora Olivier estupefacta.

—Eche usted los cerrojos de arriba y de abajo á la puerta grande, y no abra á nadie.

—Está bien, señora.

Una vez echados los cerrojos, la señora Olivier contó la tentativa de corrupción que se había permitido el elevado personaje respecto á ella.

—Ha obrado usted como un ángel, mi querida Olivier; pero mañana hablaremos de eso.

Valeria se fué al tercer piso con la rapidez de una flecha, dió tres golpecitos á la puerta de Isabel y se volvió á su habitación para darle órdenes á la señorita Reina, pues jamás pierde una mujer la ocasión de un Montes que llega del Brasil.

CAPITULO XX

Dos cofrades de la gran cofradía de los cofrades

—No, pardiez, no hay como las mujeres distinguidas para amar de ese modo—se decía Crevel.—Cuando ella bajaba la escalera alumbrándome con sus miradas, yo la arrastraba. No, nunca, jamás Josefa hizo otro tanto. Josefa es una ordinaria comparada con ella. ¡Dios mío! si Valeria no me educa, no puedo ser nada. ¡Y yo que tengo tanto interés en parecer gran señor! ¡Ah! ¡qué mujer! cuando me mira fríamente me remueve todo el cuerpo como un cólico. ¡Qué gracia! ¡qué talento! Jamás me procuró Josefa semejantes emociones. ¡Y qué desconocidas perfecciones! ¡Ah! ahí está mi hombre.

Esto diciendo, vió en las tinieblas de la calle Babilonia al gran Hulot un poco encorvado, paseándose á lo largo del vallado de madera de una casa en construcción, y se encaminó hacia él.

—Buenos días, barón, porque ya es cerca de media noche, querido mío. ¿Qué mil diablos hace usted ahí? Se está usted paseando con una lluvia fina, y eso es malo á nuestra edad. ¿Quiere usted que le dé un buen consejo? Volvámonos cada uno á nuestra casa, porque aquí, para entre nosotros, puedo decirle que no verá usted luz en la ventana.

Al oír esta última frase, el barón sintió que tenía sesenta y tres años, y que su capa estaba mojada.

—¿Quién ha podido decirle á usted?...

—Valeria, pardiez; nuestra Valeria, que quiere ser únicamente mía. Estamos en paz, barón, y ya jugaremos la buena cuando usted quiera. Usted no puede enfadarse, porque sabe que ha quedado siempre estipulado el derecho á tomar la revancha, y usted empleó tres meses en quitarme á Josefa, mientras que yo he tomado á Valeria en... Pero no hablemos de esto. Ahora, la quiero para mí solo, esperando que no por eso dejaremos de seguir amigos.

—Crevel, no bromees—respondió el barón con voz abogada por la rabia.—Es un asunto para mí de vida ó muerte.

—¡Hombre! ¿así toma usted las cosas? Barón, ¿no se acuerda ya de aquello que me dijo el día de la boda de Hortensia: «Es que dos viejos ridículos como nosotros van á malquistarse por unas faldas»? Eso es propio de tenderos de gentes insignificantes, y queda convenido que nosotros somos regencia, Pompadour, siglo XVIII, todo lo que hay de más mariscal Richelieu.

Crevel hubiera podido soltar frase tras frase, pues el barón le escuchaba como escuchan los sordos al principio de su sordera. Al ver á la claridad del gas el rostro de su enemigo, que estaba lívido, el vencedor se detuvo. Después de las declaraciones de la señora Olivier y después de la última mirada de Valeria, aquello era un rayo para el barón.

—¡Dios mío! ¡hay tantas mujeres en París!—dijo al fin.

—Es lo que yo te dije cuando me quitaste á Josefa—replicó Crevel.

—Crevel, eso es imposible... Deme usted pruebas... ¿Tiene usted una llave como yo para entrar?

Y el barón, llegado ante la casa, metió una llave en la cerradura; pero encontró la puerta inmóvil y trató inútilmente de abrirla.

—No meta usted ruido de noche—dijo tranquilamente Crevel.—Mire, barón, yo tengo llaves mejores que las tuyas.

—¡Pruebas! ¡pruebas!—repitió el barón exasperado hasta enloquecer por el dolor.

—Venga usted, voy á dárselas—respondió Crevel.

Y siguiendo las instrucciones de Valeria, arrastró al barón hacia el barrio por la calle de Hillerín-Bertin. El infortunado consejero de Estado iba como van los negociantes la víspera del día en que tienen que declararse en quiebra; se perdía en conjeturas acerca de las razones de la depravación oculta en

el fondo del corazón de Valeria, y se creía juguete de alguna burla. Al pasar por el puente Real, vió su existencia tan vacía, tan terminada, tan embrollada por sus negocios financieros, que estuvo á punto de ceder al mal pensamiento que le acudió de arrojar á Crevel y de tirarse él detrás.

Llegados á la calle del Delfín, que por aquel entonces aun no se había alargado, Crevel se detuvo ante una puerta de dos hojas. Por esta puerta se iba á un largo corredor enlosado con losas negras y blancas, formando peristilo, al final del cual se encontraban la escalera y la portería iluminadas por un patiecillo como hay tantos en París. Este patio, medianero con la casa vecina, ofrecía la singular particularidad de una división desigual. La casita de Crevel, pues él era el propietario, tenía un apéndice con techado de vidrio, construido sobre el terreno vecino, y gravado con la interdicción de elevar aquella construcción, completamente oculta á la vista por la portería y lo saledizo de la escalera.

Este local, como se ven tantos iguales en París, había servido mucho tiempo de habitación, de trastienda y de cocina á una de las dos tiendas situadas en la calle. Crevel había separado de la casa estas tres piezas del piso bajo, y Grindot las había transformado en una casita económica. Se entraba en ella de dos maneras: primero por la tienda del vendedor de muebles á quien Crevel la alquilaba muy barata y por meses, á fin de poder castigarle en caso de indiscreción, y después por una puerta oculta en la pared del corredor bastante hábilmente para que fuese casi invisible. Esta habitación, compuesta de comedor, de salón y de dormitorio, que recibía la luz de arriba y que estaba situada parte en la casa vecina y parte en casa de Crevel, era casi inencontrable. Excepto el comerciante de muebles de ocasión, los inquilinos ignoraban la existencia de aquel paraíso en miniatura. La portera, pagada por ser la cómplice de Crevel, era una excelente cocinera. El señor alcalde podía, pues, entrar en su casita económica y salir de ella á cualquiera hora de la noche sin temor á ningún espionaje. Durante el día, una mujer vestida como van las parisienses para hacer sus compras y provista de una llave, no se exponía nada yendo á casa de Crevel; examinaba las mercancías de ocasión, ajustaba algunas, entraba en la tienda y la abandonaba sin excitar la menor sospecha si alguien la encontraba.

Cuando Crevel hubo encendido los candelabros del gabi-

nete, el barón quedó asombrado del lujo inteligente y coquetón que había desplegado allí. El anciano perfumista había dado carta blanca á Grindot, y el viejo arquitecto se había distinguido con una creación de estilo Pompadour, que, por otra parte, costaba sesenta mil francos.

—Quiero—había dicho Crevel á Grindot,—que aunque entre una duquesa, quede sorprendida.

Había querido el más hermoso Eden parisiense para poseer en él á su Eva, su mujer del mundo, su duquesa.

—Hay dos camas—dijo Crevel á Hulot mostrándole un diván de donde se sacaba una cama como saca uno un cajón de una cómoda. Esta es una, la otra está en el dormitorio. De este modo podemos pasar aquí la noche los dos.

—¡Pruebas!—dijo el barón.

Crevel cogió una bujía y condujo á su amigo al dormitorio, donde, sobre una duquesa, Hulot vió una bata magnífica perteneciente á Valeria y que ésta había llevado á la calle de Vanneau para lucirla allí antes de usarla en la casa de Crevel. El alcalde tocó un resorte de un bonito mueble de marquetería llamado *felicidad del día*, lo registró, cogió de él una carta y se la entregó al barón, diciéndole:

—Toma, lee.

El consejero de Estado leyó la siguiente misiva escrita con lápiz:

«¡Te he esperado en vano, viejo ratón! Una mujer como yo no espera á un antiguo perfumista. No había encargada comida, ni cigarrillos. Ya me pagarás todo esto.»

—¿Es su letra?

—¡Dios mío!—dijo Hulot sentándose anonadado.—Reconozco todo lo que le ha pertenecido; ahí veo sus gorros y sus babuchas. ¡Ah! vamos á ver, ¿desde cuándo?...

Crevel hizo signo de que comprendía, y cogió del secreter de marquetería un legajo de papeles.

—Mira, viejo mío, he pagado á los contratistas en diciembre de 1838. En octubre, dos meses antes, fué estrenada esta casita.

El consejero de Estado bajó la cabeza.

—¿Cómo se las arreglan ustedes? pues conozco el empleo de su tiempo hora por hora.

—¿Y el paseo por las Tullerías?—dijo Crevel frotándose las manos de júbilo.

—¿Qué?... dijo Hulot atontado.

—La que se llama tu querida va á las Tullerías y está obligada á pasearse desde la una á las cuatro; pero ¡zas! en dos saltos se planta aquí. ¿Conoces á Molière? Pues bien, barón, no hay nada de imaginado en tu título.

Hulot, no pudiendo ya dudar de nada, cayó en un silencio siniestro. Las catástrofes llevan á todos los hombres fuertes é inteligentes á la filosofía. El barón estaba moralmente como un hombre que busca su camino de noche en un bosque. Aquel silencio sombrío, el cambio que se ofreció en aquella fisonomía demacrada, todo inquietó á Crevel, que no deseaba la muerte de su colaborador.

—Como te decía, viejo mío, estamos en paz; juguemos la buena... ¿Quieres jugar la buena?

—¿Por qué—dijo Hulot hablándose á sí mismo,—de diez mujeres hay lo menos siete perversas?

El estaba demasiado anonadado para encontrar la solución de aquel problema. La belleza es el mayor poder humano. Todo poder sin contrapeso, sin trabas, autocrático, lleva al abuso, á la locura. Lo arbitrario es la demencia del poder. En la mujer, lo arbitrario es el capricho.

—No tienes de qué quejarte, mi querido cofrade, pues tienes la más hermosa de las mujeres y es virtuosa.

—Merezco mi suerte—se dijo Hulot,—no he apreciado en lo que vale á mi mujer, le hago sufrir, ¡y es un ángel! ¡Oh! mi pobre Adelina, ¡estás bien vengada! Ella sufre sola, en silencio, es digna de ser adorada, merece mi amor, yo debería... porque es admirable aún, blanca, rejuvenecida... Pero ¿se ha visto jamás mujer más innoble, más infame, más perversa que esa Valeria?

—Es una bribona—dijo Crevel,—una tuna á quien se debería azotar en la plaza del Chatelet; pero, mi querido Canillac, si nosotros somos cosacos azules, mariscales de Richelieu, entrepaños, Pompadour, Dubarry, burlados y todo lo que hay de más siglo XVIII, no tenemos ya teniente de policía.

—¿Cómo hacerse uno amar?—se preguntaba Hulot sin escuchar á Crevel.

—Es una estupidez la nuestra de querer ser amados, querido mío; nosotros sólo podemos ser soportados, pues la señora Marneffe es cien veces más astuta que Josefa...

—¡Y ávida! ¡me cuesta ciento ochenta mil francos!—exclamó Hulot.

—¿Y cuántos céntimos?—preguntó Crevel con la insolencia del financiero que encuentra la suma pequeña.

—Se ve que tú no la amas—dijo melancólicamente Hulot.

—Yo, ya tengo bastante—replicó Crevel,—pues me cuesta más de trescientos mil francos.

—¿Y dónde mete todo ese dinero?—dijo el barón cogiéndose la cabeza entre las manos.

—Si nosotros nos hubiésemos entendido como esos jovenzuelos que se entienden para sostener á una horizontal de peseta, nos hubiese costado menos cara.

—Es una idea—dijo el barón,—pero nos hubiese engañado lo mismo, porque ¿qué piensas tú de ese brasileño?

—¡Ah! viejo astuto; tienes razón, nos han burlado como... como á accionistas—dijo Crevel.—Todas esas mujeres son comanditas.

—¿Es ésta, pues, la que te ha hablado de la luz en la ventana?—dijo el barón.

—Querido mío—dijo Crevel tomando su posición favorita,—se ha burlado de nosotros. Valeria es una... Me ha dicho que te entretuviese aquí. Ahora veo claro... Está con su brasileño. ¡Ah! renunció á ella, pues si la tuviesen atadas las manos, encontraría manera de engañarle á una con los pies. Es una infame, una bribona!

—Está por debajo de las prostitutas—dijo el barón.—Josefa y Jenny Cadine estaban en su derecho engañándonos, pues trafican con sus encantos.

—¡Pero ella, que se hace la santa, la melindrosa!—dijo Crevel.—Mira, Hulot, vuelve al lado de tu mujer, pues tus negocios andan mal, se empieza á hablar de ciertas letras de cambio firmadas á un usurero cuya especialidad consiste en prestar á las *cocottes*, un cierto Vauvinet. Respecto á mí ya estoy completamente curado de la mujeres. Por otra parte, ¿qué necesidad tenemos á nuestra edad de esas tunas que, soy franco, no pueden dejar de engañarnos? Barón tiene los cabellos blancos y dientes postizos. Yo me parezco á Sileno. Voy á ponerme á recoger. El dinero no engaña. Si el tesoro se abre para todo el mundo cada seis meses, al menos da intereses, y esa mujer cuesta... Contigo, querido cofrade, mi viejo cómplice, podría aceptar una situación *chocnoso*... no filosófica; pero con un brasileño que te vez trae de su país géneros coloniales sospechosos...

—La mujer es un ser inexplicable—dijo Hulot.

—Yo me lo explico—dijo Crevel;—nosotros somos viejos, el brasileño es joven y guapo...

—Sí, es verdad, lo confieso, envejecemos—dijo Hulot.—Pero, amigo mío, ¡cómo renunciar á ver á esas hermosas criaturas desnudarse, recoger sus cabellos, mirarnos con astuta sonrisa á través de sus dedos cuando se ponen los papelitos, hacernos muecas, pensando sus mentiras y diciéndose poco amadas, cuando nos ven llenos de trabajo, y trayéndonos á pesar de todo!

—Sí, es verdad, es la única cosa agradable de la vida...—exclamó Crevel.—¡Ah! cuando una carita bonita le sonríe á uno y le dice: «Querido mío, ¡qué amable eres! Yo seguramente que soy diferente de las demás mujeres que se enamoran de jovencitos barbilampiños, de esos granujas que fuman y que son groseros como lacayos, pues su juventud les da una insolencia!... En fin, vienen, le dan á una las buenas noches y se van... Yo, que dices que soy coqueta, prefiero á esos mocosos la gente de cincuenta años, pues los guardamos más tiempo junto á nosotras; son abnegados; saben que una mujer se encuentra difícilmente, y nos aprecian... Por eso te amo, tunantón!» Y acompañan esta especie de confesiones de mimos, de niñerías, de... ¡Ah! es falso como los programas del Ayuntamiento...

—La mentira vale á veces más que la verdad—dijo Hulot recordando algunas encantadoras escenas evocadas por la pantomima de Crevel, que imitaba á Valeria.—Se ve uno obligado á decir mentiras...

—Y en fin, uno las posee á esas embusteras—dijo brutalemente Crevel.

—Valeria es un hada—exclamó el barón;—metamorfosea un anciano en joven...

—¡Ah! sí,—repuso Crevel,—es una anguila que se escurre de entre las manos; pero es la más bonita de las anguilas... blanca y dulce como el azúcar, granuja como Arnal, y tiene unas invenciones... ¡Ah!

—¡Oh! sí, es muy ocurrente—exclamó el barón no pensando ya en su mujer.

Los dos cofrades se acostaron los mejores amigos del mundo, recordándose una á una las perfecciones de Valeria, las entonaciones de su voz, sus gatadas, sus burlas, sus salidas, las de su corazón, pues esta artista en amor tenía arranques admirables, como los tenores que cantan mejor un aire

un día que otro. Y ambos se durmieron mecidos por estas reminiscencias tentadoras y diabólicas, iluminados por los fuegos del infierno.

Al día siguiente, á las nueve, Hulot habló de ir al ministerio; Crevel tenía que ir al campo. Salieron juntos, y Crevel le tendió la mano al barón, diciéndole:

—¿Sin rencor, eh? pues ni uno ni otro pensamos ya en la señora Marneffe.

—¡Oh! ha acabado del todo —respondió Hulot expresando una especie de horror.

A las diez y media, Crevel subía de cuatro en cuatro las escaleras de la casa de la señora Marneffe. Encontró á la infame criatura, á la adorable encantadora, en el desarreglo más coquetón del mundo, almorzando en compañía del barón Enrique Montes de Montejanos y de Isabel. A pesar del golpe que sintió al oír la voz del brasileño, Crevel rogó á la señora Marneffe que le concediese dos minutos de audiencia. Valeria pasó al salón con Crevel.

—Valeria, ángel mío—dijo el enamorado Crevel,—el señor Marneffe tiene vida para poco tiempo; si quieres serme fiel, cuando muera nos casaremos. Piensa en ello. Te lo desembarazado de Hulot... De modo que mira si ese brasileño vale tanto como un alcalde de París, un hombre que por ti querrá obtener las más altas dignidades y que posee ya ochenta mil y pico de francos de renta.

—Pensaré en ello—dijo ella.—Estaré á las dos en la casa del Delfín, y hablaremos; pero sea prudente y no olvide la transferencia que me prometió usted ayer.

Y volvió al comedor seguida de Crevel, que se alababa de haber encontrado el medio de poseer él solo á Valeria, pero vió al barón Hulot, el cual, durante aquella corta conferencia había entrado para realizar el mismo deseo. Como Crevel, el consejero de Estado pidió una audiencia. La señora Marneffe se levantó para volver al salón, sonriendo al brasileño como para decirle:

—¡Están locos! ¿no te ven, pues, á ti?

—Valeria, hija mía—dijo el consejero de Estado,—el primero es un primo de América...

—¡Oh! basta—exclamó ella interrumpiendo al barón—Marneffe no ha sido nunca, no lo será ni puede ser mi marido. El primero, el único hombre á quien he amado, he vuelto sin ser esperado. ¿Es mía la culpa? Mire á Enrique

mirase usted, y después pregúntese si una mujer, sobre todo cuando ama, puede dudar. Querido mío, yo no soy una entretenida. Desde hoy ya no quiero estar, como Susana, entre dos ancianos. Si me quiere usted, serán usted y Crevel nuestros amigos; pero todo ha acabado, pues tengo veintiséis años y quiero convertirme en una santa, digna y excelente mujer como la de usted.

—¡Ah!—dijo Hulot—¿es así como me acoge usted, cuando venía como un papa con las manos llenas de indulgencias? Pues bien, su marido no será nunca jefe de negociado ni oficial de la legión de Honor.

—Eso ya lo veremos—dijo la señora Marneffe mirando á Hulot de cierto modo.

—No nos enfademos—repuso Hulot desesperado.—Vendré esta noche y nos entenderemos.

—Si va usted á casa de Isabel, sí.

—Pues bien, sí—dijo el enamorado anciano,—á casa de Isabel.

Hulot y Crevel bajaron juntos sin decirse palabra hasta que llegaron á la calle; pero una vez en la acera, se miraron y se pusieron á reír tristemente.

—Somos dos viejos locos—dijo Crevel.

—Ya los he despedido—dijo la señora Marneffe á Isabel volviendo á sentarse á la mesa.—No he amado nunca, no amo ni amaré jamás á otro que á mi jaguar—añadió sonriendo á Enrique Montes.—Isabel, amiga mía, ¿no sabes?... Enrique me ha perdonado las infamias á que me había obligado la miseria.

—Porque yo tengo la culpa—dijo el brasileño.—Yo debía haberte enviado cien mil francos.

—No—exclamó Valeria,—yo debía haber trabajado para vivir, pero mis manos no se han hecho para el trabajo... Pregúntaselo á Isabel.

El brasileño se fué, considerándose el hombre más feliz de París.

A eso de las doce, Valeria é Isabel conversaban en el magnífico dormitorio en que aquella peligrosa parisiense daba á su tocado esa última mano que las mujeres quieren siempre dar por sí mismas. Corridos los cerrojos y echadas las cortinas, Valeria contó en sus menores detalles todos los acontecimientos de la velada, de la noche y de la madrugada.

—¿Estás contenta, rica mía?—dijo á Isabel terminando.—¿Qué crees que deba yo ser algún día, la señora Crevel ó la señora Montes? ¿cuál es tu opinión?

—A Crevel, que es un libertino, no le quedan á lo sumo más que diez años de vida—respondió Isabel,—mientras que Montes es joven. Crevel te dejará unos treinta mil francos de renta. Que Montes espere y que se dé por contento siendo el Benjamín. De este modo, querida mía, á los treinta y tres años conservándote hermosa, puedes casarte con tu brasileño y desempeñar un gran papel con sesenta mil francos de renta propia, sobre todo *protegida* por una mariscal.

—Sí, pero Montes es brasileño y no llegará nunca á ser nada—advirtió Valeria.

—No—dijo Isabel,—estamos en una época de ferrocarriles en que los extranjeros acaban en Francia por ocupar grandes posiciones.

—Ya lo veremos cuando Marneffe esté muerto. Creo que no le queda mucho tiempo que sufrir—repuso Valeria.

—Esas enfermedades que se le presentan son como los remordimientos del físico—dijo Isabel.—Bueno, me voy á casa de Hortensia.

—Sí, anda, ángel mío, y tráeme á mi artista—respondió Valeria. ¡No haber podido ganar en tres años ni una pulgada de terreno! Eso es una vergüenza para las dos. Wenceslao y Enrique, esas son mis dos únicas pasiones. El uno es amor, y el otro el capricho.

—¡Qué hermosa estás esta mañana!—dijo Isabel abrazando á Valeria y besándola en la frente.—Yo gozo de tus placeres, de tu fortuna, de tu lujo, y sólo vivo desde el día que nos hicimos hermanas.

—Espera, hermosa mía—dijo Valeria riéndose.—llevas un chal torcido. A pesar de mis lecciones, al cabo de tres años aun no sabes llevar un chal, ¿y quieres ser la mariscal Hulot?

Calzada con borceguíes y medias de seda gris, y vestida con un magnífico traje de seda y una bonita capota de terciopelo negro forrada de satén amarillo, Isabel se fué á la calle de Saint-Dominique por el bulevar de los Inválidos, preguntándose si el desaliento de Hortensia la haría dueña al fin de aquella alma viril, y si la inconstancia sármata sorprendida en un momento en que todo es posible á esos caracteres, acabaría por vencer el amor de Wenceslao.

Hortensia y Wenceslao ocupaban el piso bajo de una casa situada en el lugar en que la calle de Saint-Dominique desemboca en la esplanada de los Inválidos. Aquella habitación, que estuvo antes en armonía con la luna de miel, ofrecía en este momento un aspecto medio fresco, medio ajado, que sería preciso llamar el otoño del mobiliario. Los recién casados son malbaratadores y gastan sin saberlo ni quererlo las cosas que les rodean, del mismo modo que abusan del amor. Llenos de confianza en sí mismos, piensan poco en el porvenir que preocupa más tarde á la madre de familia.

Isabel encontró á su prima Hortensia en el momento en que ella misma acababa de vestir á un pequeño Wenceslao que había sido llevado al jardín.

—Buenos días, Bel—dijo Hortensia, que fué á abrirle la puerta á su prima.

La cocinera había ido al mercado, y la camarera, que hacía á la vez de niñera, estaba haciendo una jabonada.

—Buenos días, hija mía—respondió Isabel abrazándose á Hortensia.—Oye, ¿está Wenceslao en el taller?—le preguntó al oído.

—No, está en el salón con Stidmann y con Chanor.

—¿No podríamos estar solas?—preguntó Isabel.

—Ven á mi cuarto.

Aquel cuarto tendido de seda persa de fondo blanco y con flores de color de rosa y follaje verde estaba un tanto pasado, lo mismo que la alfombra, á causa de haber sido herido constantemente por los rayos del sol. Hacía tiempo que las

cortinas no habían sido lavadas y se sentía allí el olor al humo del cigarro de Wenceslao, el cual, habiendo pasado á ser gran señor del arte y habiendo nacido hidalgo, depositaba la ceniza del cigarro sobre los brazos de los sofás y sobre las cosas más bonitas, como hombre de quien se sufre todo, como hombre rico que no tiene con las cosas el cuidado que tienen los burgueses.

—Bueno, ¿hablemos de tus negocios?—preguntó Isabel al ver á su hermosa prima muda en el sofá en que se había sentado.—Pero ¿qué tienes? te encuentro paliducha, querida mía.

—Es que han salido dos nuevos artículos en los que atacan duramente á mi pobre Wenceslao, y yo, que los he leído, los escondo, porque se desanimaría por completo. El mariscal del mariscal Montcornet ha sido juzgado detestable, y sólo exceptúan los bajo relieves para alabar con atroz pedantería el talento adornista de Wenceslao, dando así mayor peso á la opinión de que mi marido no puede dedicarse al arte severo. Stidmann mismo, instado por mí á que me dijese la verdad, me ha desesperado confesándome que su opinión estaba conforme en un todo con la de todos los artistas, la de los críticos y la del público. «Si Wenceslao, me ha dicho en el jardín antes de almorzar, no expone el año próximo una obra maestra, tiene que abandonar la gran escultura, y atenerse á los idilios, á las figuritas y á las obras de joyería y platería.» Esta opinión me ha causado honda pena, porque temo que Wenceslao no querrá atenerse á ella; él se sienta con fuerzas ¡y tiene ideas tan hermosas!...

—Sí, pero con ideas no se paga la comida—advirtió Isabel.—Todo mi afán era hacerle ver esto. Se paga con dinero y el dinero no se obtiene más que con cosas hechas y que gusten bastante á los burgueses para que las compren. Cuando se trata de vivir, es preferible que el escultor tenga en su taller el modelo de una lámpara, de un cenicero ó de una mesa, que un grupo ó que una estatua, pues todo el mundo necesita aquello, mientras que el aficionado á grupos se hace esperar á veces durante meses enteros.

—Tienes razón, mi buena Isabel; dile tú eso, porque yo no tengo valor para ello... Además, como él le decía á Stidmann, si se vuelve á dedicar al adorno y á la escultura pequeña, tendrá que renunciar al Instituto, á las grandes creaciones del arte, y nosotros no tendríamos ya los tres

cientos mil francos de trabajos que Versalles, la villa de París y el ministerio nos tenía reservados. He aquí lo que nos quitan esos malditos artículos dictados por los competidores, que quisieran heredar nuestra clientela.

—Y no es eso lo que tú soñabas, gatita mía—dijo Bel besando en la frente á Hortensia.—Tú querías un hidalgo que dominara el arte y que estuviese á la cabeza de los escultores. Pero, ya lo ves, todo es poesía. Ese sueño exige cincuenta mil francos de renta, y vosotros no tendréis más que mil cuatrocientos mientras viva y tres mil después de mi muerte.

Al oír estas palabras, acudieron algunas lágrimas á los ojos de Hortensia, y Bel las lamió con la mirada como una gata la leche.

He aquí la historia sucinta de aquella luna de miel, cuyo relato tal vez no resulte inútil para los artistas.

El trabajo moral, la caza en las elevadas regiones de la inteligencia, es uno de los mayores esfuerzos del hombre. Lo que debe merecer la gloria en el arte, comprendiendo en esta palabra todas las creaciones del pensamiento, es sobre todo el valor, un valor cuya existencia no sospecha siquiera el vulgo y del cual tal vez sea esta la primera vez que se habla. Empujado por la terrible presión de la miseria, mantenido por Isabel en la situación de esos caballos á quienes se les pone antiparras para impedirles que miren á la izquierda y á la derecha del camino, azotado por aquella dura muchacha, imagen de la necesidad, esa especie de destino subalterno, Wenceslao, poeta y soñador de nacimiento, había pasado de la ejecución á la concepción franqueando los abismos que separan esos dos hemisferios del arte sin medirlos. Pensar, soñar y concebir obras hermosas, es una ocupación deliciosa. Es fumar cigarrillos encantadores, es hacer la vida de cortesana ocupada á su gusto. La obra aparece entonces con toda la gracia de la infancia, con el goce loco de la generación, con los embalsamados colores de la flor y con los jugos del fruto gustado de antemano. Tal es la concepción y sus placeres. El que puede trazar su plan con la palabra pasa ya por un hombre extraordinario. Esta facultad la poseen todos los artistas y los escritores. Pero ¡producir! ¡dar á luz! ¡educar laboriosamente al hijo, amamantarle todas las noches, abrazarlo todas las mañanas, lamerlo sucio y vestirlo cien veces con los trajes más hermosos! ¡sentir convulsiones

haciendo esta vida para engendrar la obra maestra animada que habla á todas las miradas en escultura, á todas las inteligencias en literatura, á todos los recuerdos en pintura y á todos los corazones en música! eso, eso es la ejecución y sus trabajos. La mano tiene que moverse á cada instante puesta siempre á obedecer á la cabeza. Ahora bien, la cabeza no tiene las disposiciones creadoras y de mando cuando el amor no es continuo.

• Esta costumbre de crear, este amor infatigable de la maternidad que hace la madre (esta obra maestra natural, tan bien comprendida de Rafael), en fin, esa maternidad cerebral tan difícil de conquistar, se pierde con una facilidad prodigiosa. La inspiración es la ocasión del genio, y la inspiración corre no sólo sobre una navaja de afeitar, sino que está en los aires, vuela con la desconfianza de los cuervos, no tiene sitio por donde el poeta pueda agarrarla, su cabellera es una llama y se escapa como esos hermosos flamencos blancos y rosados que son la desesperación de los cazadores. Así que el trabajo es una lucha fatigosa que temen y quieren a la vez las hermosas y potentes organizaciones que se enfrentan frecuentemente contra él. Un gran poeta de nuestro tiempo decía hablando de esta labor espantosa: «Me ponía á hacerla con desesperación y la dejo con pena.» ¡Que sepan los ignorantes! Si el artista no se entrega á su obra como Curcio al abismo y como el soldado á la brecha, si no reflexiona, y si en este cráter no trabaja como el minero sepultado bajo las ruinas de un hundimiento, si contempla, en fin, las dificultades, en lugar de vencerlas una á una, siguiendo el ejemplo de esos enamorados de hadas que para obtener á sus princesas combatían encantamientos renacidos, la obra permanece incompleta y perece en el fondo del taller, la producción llega á hacerse imposible y el artista asiste al suicidio de su talento. Rossini, ese genio hermano de Rafael, ofrece un sorprendente ejemplo de esto en su juventud indigente superpuesta á su vejez opulenta. Tal es la razón de la recompensa semejante, del triunfo semejante del mismo laurel concedido á los grandes poetas y á los grandes generales.

Wenceslao, naturaleza soñadora, había gastado tanta energía en producir, en instruirse y en trabajar bajo la despiadada dirección de Isabel, que el amor y la felicidad produjeron una reacción y el verdadero carácter reapareció. La pereza

la molición, y la negligencia del sármata volvieron á ocupar en su alma los cómodos surcos de donde habían sido arrojadas por la verga del maestro de escuela. Durante los primeros meses, el artista amó á su mujer. Hortensia y Wenceslao se entregaron á las puerilidades de la pasión legítima, feliz é insensata. Hortensia fué entonces la primera en dispensar á Wenceslao de todo trabajo, orgullosa de triunfar así de su rival la escultura. Por otra parte, las caricias de una mujer acaban por eclipsar á las musas y por agotar la fuerza y la brutal firmeza del trabajador. Pasaron de seis á siete meses, y los dedos del escultor perdieron el hábito de manejar el cincel. Cuando se dejó sentir la necesidad de trabajar, cuando el príncipe de Wissemburgo, presidente del comité de suscripción, quiso ver la estatua, Wenceslao pronunció la frase suprema de los callejeros: «Voy á ponerme á ella.» Y mecía á su querida Hortensia con las falaces palabras, con los magníficos planes del artista fumador. Hortensia redobló su amor hacia el poeta, pues entreveía ya una sublime estatua del mariscal Montcornet. Montcornet debía ser la idealización de la intrepidez, el tipo de la caballería, el valor á lo Murat. ¡Oh! al ver aquella estatua, se concebirían todas las victorias del emperador. ¡Y qué ejecución! El lápiz era muy complaciente, obedecía á la palabra.

Por lo que atañe á escultura, durante aquel tiempo sólo hizo un pequeño y encantador Wenceslao.

Quando se trataba de ir al taller del Gros Caillou á manejar el yeso y á realizar el modelo, ya el reloj del príncipe exigía la presencia de Wenceslao en el taller de Florent y Chanor, donde las figuras se cincelaban, ya el día era frío y obscuro; esto sin contar con que un día negocios, otro día una comida, aparte de la pereza del talento y del cuerpo, y los días en que se retoza con la mujer adorada. El mariscal príncipe de Wissemburgo se vió obligado á enfadarse y á decirle que revocarían el acuerdo. El comité de suscriptores no pudo, pues, ver el yeso hasta después de mil reproches y de mil discusiones. Cada día de trabajo, Steimbock volvía ostensiblemente cansado, quejándose de aquella labor de albañil y de su debilidad física. Durante aquel primer año el matrimonio gozaba de una cierta holgura. La condesa de Steimbock, loca por su marido, maldecía al ministro de la Guerra y fué á verle para decirle que las grandes obras no se fabricaban como los cañones y que el

Estado debía estar á las órdenes del genio, como lo estuvieron Luis XIV, Francisco I y León X. La pobre Hortensia, creyendo tener un Fideas en sus brazos, empleaba con su querido Wenceslao la cobardía materna de una mujer que lleva el amor hasta la idolatría.

—No te des prisa—le dijo á su marido,—todo nuestro porvenir depende de esa estatua; de modo que tómalo con calma y procura hacer una obra maestra.

Hortensia iba al taller, y Steimbock, enamorado, perdía con su mujer, de siete horas, cinco, en describirle la estatua en lugar de hacerla. Así es que empleó diez y ocho meses en terminar aquella obra capital para él.

Quando el modelo estuvo acabado, la pobre Hortensia, después de haber asistido á los enormes esfuerzos de su marido, cuya salud se resintió con ese cansancio que pesa sobre el cuerpo, los brazos y las manos de los escultores, juzgó la obra admirable. Su padre, ignorante en escultura, y la baronesa, no menos ignorante, la proclamaron una obra maestra, y entonces el ministro de la Guerra, llevado por ellos y seducido por ellos, quedó satisfecho de aquel modelo admirablemente presentado ante una tela verde. Pero ¡ay de mí! en la Exposición de 1841, la crítica, unánime, se mostró irradísima contra el artista que tan pronto había sabido formarse un pedestal. Stidman quiso desengañar á su amigo Wenceslao, y fué acusado de envidioso; los artículos de los periódicos fueron para Hortensia los gritos de la envidia. Stidman, aquel digno muchacho, logró artículos en que las críticas fueron combatidas y en los que se advertía que los escultores modificaban de tal modo sus obras entre el yeso y el mármol, que siempre se exponía el mármol. Entre el proyecto en yeso y la estatua ejecutada en mármol, decía Claudio Vignon que se podía desfigurar una obra maestra ó hacer una gran cosa de una obra mala. El yeso es el manuscrito y el mármol es el libro.

En dos años y medio Steimbock hizo una estatua y un hijo: el hijo estaba dotado de sublime belleza, la estatua fué detestable.

El reloj del príncipe y la estatua pagaron las deudas del joven matrimonio. Steimbock había contraído entonces la costumbre de frecuentar el mundo en los salones y en el teatro, y como hablaba admirablemente acerca de arte, se mantenía á los ojos del mundo como gran artista por la pa-

labra y por sus explicaciones críticas. Hay genios en París que pasan la vida en *hablarse* y que se contentan con una especie de gloria de salón. Steimbock, imitando á esos encantadores eunucos, contraía una aversión cada día más creciente por el trabajo, veía todas las dificultades de una obra al querer empezarla, y el desaliento que sentía acababa por anular su voluntad. La inspiración, esa locura de la generación intelectual, se mantenía á respetable distancia de aquel artista enfermo.

La escultura, como el arte dramático, es á la vez la más difícil y la más fácil de todas las artes. Copiad un modelo, y la obra está realizada; pero imprimir en ella una alma, crear un tipo representando á un hombre ó á una mujer, es el pecado de Prometeo. Se cuentan estos éxitos en los anales de la escultura, como se cuentan los poetas en la humanidad. Miguel Angel, Miguel Columb, Juan Goujon Fidias, Praxiteles, Policletes, Puget, Canova, Alberto Durer, son los hermanos de Milton, de Virgilio, de Dante, de Shakspeare, del Tasso, de Homero y de Molière. Esta obra es tan grandiosa, que una estatua basta para la inmortalidad de un hombre, como la de Figaro, la de Lovelace y la de Manón Lescaut, bastaron para inmortalizar á Beaumarchais, Richardson y al abate Prevost. Las gentes superficiales (y los artistas cuentan muchas en su seno) han dicho que la escultura existía para el desnudo únicamente, que ha muerto con Grecia, y que el vestido moderno la hacía imposible. En primer lugar, los antiguos han hecho estatuas sublimes completamente veladas, como la Polimnia, la Julia, etc., y nosotros no hemos encontrado la décima parte de sus obras. Por otra parte, que los verdaderos amantes del arte vayan á ver á Florencia el *Pensador* de Miguel Angel, y en la catedral de Mayence la virgen de Alberto Durer, que ha hecho de ébano una mujer viviente bajo sus triples ropajes, y la cabellera más ondulante y más hermosa que se haya peinado jamás mujer alguna; que corran allá los ignorantes, y todos reconocerán que el genio puede imprimir al traje y á la armadura un pensamiento, del mismo modo que el hombre imprime su carácter y las costumbres de su vida á su envoltura. La escultura es la realización continua del hecho que se llamó Rafael por sola y única vez en la pintura. La solución de este terrible problema no se halla más que en un trabajo constante y sostenido, pues las dificultades materiales tienen

que ser vencidas de tal modo y la mano debe estar tan castigada y tan presta y obediente, que el escultor pueda luchar alma á alma con esa intangible naturaleza moral que es preciso transfigurar materializándola. Si Paganini, que hacia aparecer su alma en las cuerdas de su violín, hubiese pasado tres días sin estudiar, se hubiera convertido de pronto en un violinista ordinario. El trabajo constante es la ley del arte como lo es de la vida, pues el arte es la creación idealizada; así es que los grandes artistas, los poetas completos, no esperan los encargos, sino que engendran hoy, mañana y siempre. Resulta de esto ese hábito de la labor, ese perpetuo conocimiento de las dificultades que los mantienen en concubinato con las musas y las fuerzas creadoras. Canova vivía en su taller como Voltaire ha vivido en su despacho. Homero y Fidias han debido vivir de este modo.

Wenceslao Steimbock estaba en la árida senda recorrida por estos grandes hombres, senda que conduce á los Alpes de la gloria, cuando Isabel lo había encadenado en su bahardilla. La felicidad en figura de Hortensia había vuelto al poeta á la pereza, estado normal de todos los artistas, pues la pereza es para ellos cierta ocupación, es algo así como el placer de los pachás en el serrallo: acarician sus ideas, se embriagan en los manantiales de la inteligencia. Grandes artistas como Steimbock, devorados por la imaginación, han sido llamados con justicia *soñadores*. Esos tomadores de opio caen todos en la miseria, mientras que mantenidos por la inflexibilidad de las circunstancias, hubiesen sido grandes hombres. Por otra parte, estos semi-artistas son encantadores: los hombres los quieren y los alaban; parecen superiores á los verdaderos artistas tachados de presuntuosos, de adulescentes, de rebeldes á las leyes del mundo. He aquí por qué. Los grandes hombres pertenecen á sus obras. Su desafecto á todo y su apego al trabajo, les hacen pasar por egoístas á los ojos de los necios, los cuales quisieran verles vestidos con los trajes del petimetre, realizando las evoluciones sociales de las madas deberes del mundo. Se desearía ver á los leones del Atlas pintados y perfumados como perritos de marquesa. Estos hombres, que cuentan pocos pares y que los encuentran rara vez, caen en el exclusivismo de la soledad y se hacen inexplicables para la mayoría, compuesta, como es siempre, de necios, de envidiosos, de ignorantes y de gentes superficiales. ¿Comprenderéis ahora el papel de una mujer

lado de estas grandiosas excepciones? Una mujer debe ser á la vez lo que había sido Isabel durante cinco años y ofrecer además al amor, el amor humilde, discreto, siempre dispuesto, siempre risueño.

Hortensia, aleccionada por sus sufrimientos de madre y agobiada por espantosas necesidades, se daba cuenta demasiado tarde de las faltas que su excesivo amor le había hecho cometer involuntariamente; pero como hija digna de su madre, su corazón se laceraba ante la idea de atormentar á Wenceslao; amaba demasiado para convertirse en el verdugo de su querido poeta, á pesar de que veía ya llegar el momento en que la miseria iba á alcanzar á su hijo y á su marido.

—Pero, vamos á ver, hija mía, no hay que desesperarse —dijo Bel al ver que las lágrimas brotaban de los hermosos ojos de su primita.—Un vaso lleno de lágrimas no bastaría para pagar un plato de sopa. ¿Qué necesitáis?

—Pues, de cinco á seis mil francos.

—Yo no tengo más que tres mil á lo sumo —dijo Isabel.—

¿Y qué hace en este momento Wenceslao?

—Le proponen por seis mil francos una obra para el duque de Herouville en compañía de Stidman. Caso de aceptar, el señor Chanor se encargaría de pagar los cuatro mil francos que Wenceslao debe á los señores León de Lora y Bridau, una deuda de honor.

—¿Cómo! ¿habéis recibido ya el importe de la estatua y de los bajos relieves del monumento elevado á la memoria del mariscal Montcornet y no habéis pagado eso?

—¡Oh! —dijo Hortensia— ¡si hace tres años que gastamos doce mil francos al año y yo no tengo más que cien luises de renta! El monumento del mariscal no le ha dado más que diez y seis mil francos. La verdad es que si Wenceslao no trabaja, no sé lo que va á ser de nosotros. ¡Ah! si yo pudiese aprender á hacer estatuas, ¡cómo manejaría el barro! —dijo extendiendo sus hermosos brazos.

Se veía que la casada cumplía las promesas de la soltera. Los ojos de Hortensia chispeaban; corría por sus venas un sangre impetuosa cargada de hierro y deploraba el tener que emplear sus energías en tener en sus brazos á su hijo.

—¡Ah! gatita mía, una muchacha juiciosa no debe casarse con un artista hasta el momento que éste tenga hecha su fortuna, y no cuando tiene que hacerla.

En este mismo momento se oyó el ruido de los pasos y de

las voces de Stidman y de Wenceslao, que acompañaban hasta la puerta á Chanor, para volver luego al lado de las dos mujeres. Stidman, artista engolfado en el mundo de los periodistas, de las actrices ilustres y de los libertinos célebres, era un joven elegante que había sido presentado ya por Claudio Vignon en casa de Valeria á instancias de ésta. Stidman acababa de romper sus relaciones con la famosa señora Schontz, la cual se había casado hacía algunos meses y se había trasladado á provincias. Valeria é Isabel, que habían sabido esta ruptura por Claudio Vignon, juzgaron necesario atraer á la calle Vanneau al amigo de Wenceslao. Como Stidman, por discreción, visitaba poco á los Steimbock y como Isabel no había sido testigo de su reciente presentación hecha por Claudio Vignon, le veía por primera vez. Examinando á este célebre artista, sorprendió ciertas miradas dirigidas por él á Hortensia, que le hicieron entrever la posibilidad de poder llegar á entregárselo como consuelo á la condesa Steimbock, si Wenceslao llegaba á hacerle traición á su esposa. Stidman pensaba, efectivamente, que si Wenceslao no fuese su compañero y amigo, Hortensia, aquella joven y magnífica condesa, haría una adorable querida; pero este deseo, contenido por el honor, le alejaba de aquella casa. Isabel notó ese malestar significativo que molesta á los hombres cuando están en presencia de una mujer con la cual se han propuesto no coquetear.

—Es muy guapo ese joven—le dijo Isabel á Hortensia al oído.

—¡Ah! ¿te gusta? Nunca me he fijado en él.

—Stidman, amigo mío—le dijo Wenceslao á su compañero al oído,—nunca molestas entre nosotros; pero hoy tenemos que hablar con esta solterona.

Stidman saludó á las dos primas y se fué.

—Es cosa hecha—dijo Wenceslao volviendo después de haber acompañado á Stidman;—pero este trabajo exigirá seis meses y es preciso poder vivir durante todo este tiempo.

—Aun me quedan mis diamantes—exclamó la joven condesa Steimbock con el sublime entusiasmo de las jóvenes que aman.

Una lágrima acudió á los ojos de Wenceslao.

—¡Oh! voy á trabajar—exclamó el artista yendo á sentarse junto á su mujer y colocándola en sus rodillas.—Voy

á hacer trabajos de batalla, una canastilla de matrimonio, grupos de bronce.

—Pero, queridos míos—dijo Isabel,—ya sabéis que habéis de ser mis herederos y que os dejaré un lindo ahorro, sobre todo si me ayudáis á casarme con el mariscal. Si nosotros lográsemos pronto esto, yo os tomaría á los dos como huéspedes en mi casa. ¡Ah! ¡qué felices viviríamos todos juntos! Por de pronto, no echéis en olvido mi experiencia y haced lo que yo os digo. No recurráis al Monte de Piedad, que es la pérdida de los miserables. Yo siempre he visto que los necesitados no tienen nunca el dinero necesario para pagar los intereses y acaban por perderlo todo. Yo puedo hacer que os presten el dinero al cinco por ciento únicamente y sin más garantía que la firma de una letra.

—¡Ah! de ese modo, estaríamos salvados—dijo Hortensia.

—Pues, hijita mía, que venga Wenceslao á casa de la persona que le sacaría de apuros á instancias mías. Es la señora Marneffe. Adulándola, pues es vanidosa como toda adventiza, os sacará de apuros con la mayor amabilidad. Ven á su casa, mi querida Hortensia, no seas tonta.

Hortensia miró á Wenceslao en la misma actitud que deben tener los condenados á muerte al subir al patíbulo.

—Claudio Vignon ha presentado en esa casa á Stidman y dice que es muy agradable—respondió Wenceslao.

Hortensia meneó la cabeza. Lo que sentía sólo puede haberlo comprendido una frase: no era un dolor sino una enfermedad.

—Pero, querida Hortensia, hay que saber vivir, porque sino, serás deportada como tu madre á un cuarto desierto donde llorarás como Calipso después de la marcha de Ulises, á una edad en que ya no hay Telémacos—exclamó Isabel repitiendo una burla de la señora Marneffe, al hacerse cargo de la elocuencia de los ademanes de Hortensia.—Hay que considerar á la gente en el mundo como utensilios que se toman ó se dejan, según sean ó no útiles. Hijos míos, servíos de la señora Marneffe y dejadla después. ¿Teméis acaso que Wenceslao, que te adora, se enamore de una mujer que tiene cuatro ó cinco años más que tú y que está ajada como un libertino?...

—Prefiero empeñar mis diamantes—dijo Hortensia.—¡Oh! no vayas nunca á esa casa, Wenceslao, porque es un infierno.

—Hortensia tiene razón—dijo Wenceslao abrazando á su mujer.

—Gracias, amigo mío—respondió la joven en el colmo de la dicha.—Mira, Isabel, mi marido es un ángel: no juega, vamos juntos á todas partes, y si se pusiese á trabajar, yo sería demasiado feliz. ¿Por qué presentarnos en casa de la querida de nuestro padre, en casa de una mujer que le arruina y que es causa de las penas que matan á nuestra heroica madre?

—Hija mía, la ruina de tu padre no proviene de ahí. Lo que le ha arruinado es la cantante y después tu matrimonio—respondió la prima Bel.—¡Dios mío! la señora Marneffe le es muy útil... créelo... pero, en fin, no quiero decir nada.

—Querida Bel, tú defiendes á todo el mundo.

Hortensia fué llamada al jardín por los gritos de su hijo, é Isabel se quedó sola con Wenceslao.

—Wenceslao, tiene usted una mujer que es un ángel—dijo la prima Bel.—Quiérala usted mucho y no le dé ningún disgusto.

—Sí, la amo tanto, que le oculto nuestra situación—respondió Wenceslao;—pero á usted, Isabel, ya puedo hablarle con franqueza. Mire, aunque empeñásemos los diamantes de mi mujer, no habríamos adelantado un paso.

—Pues bien, pídale usted prestado á la señora Marneffe—dijo Isabel.—Si no logra usted que Hortensia le permita venir, venga sin que ella lo sepa.

—Eso es lo que pensaba hacer cuando me negué á ello para no afligir á Hortensia—respondió Wenceslao.

—Escuche usted, yo les quiero demasiado á los dos para no prevenirle el peligro. Si viene usted, procure cogerse el corazón con las dos manos, porque esa mujer es un demonio. Todos los que la ven, la adoran; es tan viciosa, tan atractiva, que fascina como una obra de arte. Pídale el dinero prestado y procure no dejarle el alma en prenda. Jamás me consolaría si llegase usted á serle infiel á mi prima. Aquí viene—exclamó Isabel,—no digamos nada, ya arreglaré yo este asunto.

—Abraza á Isabel, ángel mío—dijo Wenceslao á su mujer,—ella nos sacará de apuros prestándonos sus economías.

—Entonces, espero que trabajarás, ¿verdad?—dijo Hortensia.

—¡Ah! desde mañana—respondió el artista.

—Ese mañana es el que nos arruina—respondió Hortensia sonriéndole

—¡Ah! querida mía, di tú misma si no me he encontrado siempre con impedimentos, con obstáculos y con negocios.

—Sí, tienes razón, amor mío.

—Yo tengo aquí grandes ideas y quiero llenar de asombro á mis enemigos—repuso Steimbock golpeándose la frente.—Quiero hacer un servicio de mesa de estilo alemán, del siglo xvi. Arrollaré hojas llenas de insectos y pondré sobre ellas niños recostados, todo ello mezclado con quimeras nuevas, con verdaderas quimeras. Ya lo tengo pensado. Será sencillo, ligero y elocuente á la vez. Chanor ha salido maravillado... Yo necesitaba ser animado por alguien, pues el último artículo que hicieron acerca del mariscal Montcornet, me había cortado las alas.

Durante un momento del día en que Wenceslao é Isabel estuvieron solos, el artista convino con la solterona en ir al día siguiente á ver en secreto á la señora Marneffe, en el caso de que su mujer no se lo permitiera.

CAPÍTULO XXII

Artista, joven y polaco, ¿qué queráis que hiciese?

Valeria, conoedora aquella misma noche de este triunfo, le exigió al barón Hulot que fuese á invitar á comer á Stidman, á Claudio Vignon y á Steimbock, pues comenzaba á tiranizarle como saben tiranizar esa clase de mujeres á los ancianos que corren de un lado á otro y van á pedir favores á aquellos que son necesarios á los intereses y á las vanidades de estas duras amantes.

Al día siguiente Valeria se preparó haciéndose uno de esos tocados que inventan las parisienses cuando quieren ostentar todas sus gracias. La joven se contempló como contempla el hombre que va á batirse sus armas y sus municiones. Ni un pliegue, ni una arruga. Valeria gozaba de toda su blancura y de toda su delicadeza. Sus lunares atraían insensiblemente la mirada. Aquellos sublimes esfuerzos, aquellos Austerlitz de la coquetería, originan modas para el amor que son adoptadas por las esferas inferiores cuando